

Crónica del 2º encuentro del Club de Lectura *El destino emocionante*, 2025-26

UNED Pamplona, 16 de diciembre de 2025

Libro: *La ley del menor*, Ian McEwan

Coordinador: Ignacio Lloret

Igual que en otros ámbitos de la vida, es satisfactorio llegar a la pausa de Navidad con una buena sensación en nuestro Club de Lectura, con ese placer duradero que nos dejan siempre los libros de calidad. Y es que estos días en los que el descanso y la introspección están asociados a las fiestas, se agradece más que nunca contar con una reserva mental de ideas y reflexiones obtenidas gracias al hábito lector.

Un primer motivo literario relacionado con ese efecto provocado por la novela de McEwan es la riqueza de dilemas que plantea. Así, nos encontramos con una cuestión inicial, de partida, que es la decisión que debe tomar la jueza Fiona Maye, dentro de sus competencias judiciales, acerca de la conveniencia de permitir al hospital la práctica de una transfusión de sangre al paciente de leucemia Adam Henry, a la que, en principio, tanto él como sus padres, testigos de Jehová, se oponen.

A pesar del carácter espectacular de este dilema, con todos sus flecos espirituales, legales, asistenciales y sociales, su función en los confines del libro es, en realidad, despistar al lector, hacerle creer, aunque sea a lo largo de unas cuantas páginas, que el argumento se agota en él. Es decir, el autor nos presenta ese primer asunto como preparación de lo que viene más tarde, del verdadero dilema de su personaje principal. Porque, si la novela se hubiese centrado sólo en la cuestión profesional de Fiona, su recorrido literario habría sido muy limitado, muy pobre, demasiado trillado.

Sí, está claro que *La ley del menor* debía ir más allá, mucho más allá. No sólo porque la decisión de la jueza sobre el tratamiento médico que debe recibir Adam Henry resulta relativamente sencilla, apenas plantea dudas, pues lo legal, lo lógico y lo humanitario van de la mano, coinciden en la necesidad de la transfusión para salvar la vida de un chico de diecisiete años, sino también porque lo interesante, lo valioso desde el punto de vista literario, es lo que empieza una vez resuelto el caso judicial, una vez curado Adam. Es entonces cuando se abre poco a poco esa segunda fase del libro, ese segundo dilema. Es entonces cuando el muchacho, fascinado por la personalidad de Maye, profundamente agradecido por su decisión y por el ánimo insuflado, se enamora de ella, sigue sus pasos y, he ahí lo decisivo para la trama, consigue hacerse un pequeño hueco en su corazón.

Llegados a este punto, resulta oportuno retroceder, volver por un momento al inicio de la novela. En esos primeros pasajes, McEwan nos sitúa en el domicilio de Maye, en la antesala de la ruptura entre la jueza y su marido Jack, quien acaba de revelarle su *affaire* con una mujer joven y su intención de vivir esa relación, de no renunciar a ella. Y si ahora trazo esta especie de flashback en nuestra crónica es porque tiene que ver con lo que ocurre después, explica el nuevo estado de ánimo, la nueva situación que experimenta la protagonista. La separación temporal de la pareja prepara el terreno, despeja la casilla sentimental de Fiona, permite que ese espacio sea ocupado, cuando menos durante unas semanas y en el plano teórico, por la imagen de Adam Henry.

El beso de Adam a Fiona, no rechazado por esta, supone un punto de inflexión en la trama, marca de algún modo el arranque del verdadero dilema que he sugerido antes. Ese beso es, además, la manera que tiene el joven de refrendar su amor por Maye y su propuesta de convertirse en su tutelado, en su ahijado. A partir de ese instante en el umbral de la mansión de Newcastle, Fiona deberá elegir entre responder de alguna forma positiva a la petición de Henry, es decir, aceptar la posibilidad de incorporarle a su vida en la condición que sea, u obedecer a la pauta cerebral y racional de comportamiento que ha seguido siempre, acorde con el entorno social, cultural y profesional en el que se ha movido siempre. Y aunque tanto Fiona como el lector intuyen cuál va a ser, en qué va a consistir la nueva decisión, esta segunda cuestión es mucho más complicada que la primera, pues es de carácter afectivo, personal, emocional y, por tanto, mucho más difícil de resolver que la judicial. Más allá de lo que siente por él, ella sabe que hay cierta lógica en la reacción de Adam; sabe que con la conversación en el hospital y con su resolución judicial en favor de la transfusión, ha animado al joven a vivir, a formarse, a escribir, a componer, a amar, y que, por tanto, un desentendimiento ulterior por su parte, un rechazo a su persona, equivale a una gran contradicción, a una negación de todo lo expuesto, alegado y predicado por ella misma; en definitiva, a una traición.

Lo característico de las encrucijadas morales es que desembocan inevitablemente en un final trágico. Ese desenlace es, además, en este tipo de libros, el requisito para que haya emoción, para que haya relato, para que haya novela. Lo demás es técnica, es oficio, son la estructura y el lenguaje que hacen posible la verosimilitud del planteamiento, la sujeción de la trama, la persuasión del lector. En ese sentido, McEwan despliega todos sus recursos de escritor experimentado para poder levantar este edificio narrativo, esta obra literaria. Me refiero a los diálogos eficaces, a las escenas medidas y bien desarrolladas, a las descripciones precisas y contenidas, a las reflexiones

brillantes, al control oportuno del tiempo, a los elementos rítmicos como la música, la lluvia o los distintos casos judiciales que conforman el contexto de fondo, a la ambientación rica y vivaz, y, sobre todo, puesta con acierto al servicio del argumento.

Ah, y volviendo una vez más a la historia, es bueno subrayar en qué medida Adam juega en ella el papel de chivo expiatorio. Él es quien, con su sacrificio, hace posible la reconciliación de Fiona y Jack, la continuación de su relación. Adam se “suicida” al sentirse decepcionado, traicionado, y, al mismo tiempo, le recuerda a Fiona y a todos nosotros que, quizá no valga la pena morir por las convicciones religiosas, sean cuales sean, pero sí por amor.

Ignacio Lloret, 21 de diciembre de 2025

Libros y películas mencionados en la tertulia y/o relacionados

Expiación, Ian McEwan (2011)

La ley del menor, Richard Eyre (2017)